

Rolando Morelli

IMPRESIONES EN EL VIENTO



De la presente edición, 2018

- © Rolando Morelli
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Dirección de la colección Mariel: Juan Abreu
Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Imagen de cubierta: Steve Johnson
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-24-9

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

Hay una Cuba de antes de 1980 y una Cuba que comenzó a nacer a partir de 1980. En esa Cuba de antes de 1980, los que huían de la isla, se consideraban exiliados. En la Cuba posterior, sobre todo a partir de la década de los 90, eso fue cambiando y surgió la figura del emigrante del castrismo cubano. Algo que a mí siempre me ha parecido insólito, de una dictadura se huye no se emigra.

Los libros que he agrupado en esta colección, pertenecen, literariamente hablando, a esa Cuba anterior a 1980: sólo pueden haber sido escritos por exiliados de la dictadura cubana. No quiero decir que sean mejores ni peores, sólo señalo que pertenecen a una época y a una Cuba que ya no existe, o de la que ya queda muy poco, y que comparten cierta mirada sobre los tiempos que a los autores les tocó vivir, amén de una saludable furia.

Algunos de los escritores que agrupo en esta colección, que se publica gracias a la iniciativa y al interés de Editorial Hypermedia, salieron de la isla durante el Éxodo del Mariel, otros lo hicieron un poco antes o algo después del gran éxodo marítimo. Pero todos pertenecen a esa Cuba que producía exiliados políticos, fugitivos, y no emigrantes. A mi entender, estas obras se alimentan, enriquecen e iluminan unas a otras, y ayudan a definir y a comprender el tiempo que a sus autores les tocó padecer. Por eso las he reunido aquí.

Juan Abreu

I

TRES VERSIONES SOBRE EL TEMA PRINCIPAL

DÍA DE LOS PADRES

El relato de la carne estaba en su apogeo cuando Rita se incorporó al fin a la cola frente a la carnicería, que era más bien un apelotonamiento caótico. En vano, parecía, preguntó repetidamente por el último en la formación precariamente dibujada como un trazo en medio del molote, hasta que alguna debió oírla. Bien podía tratarse de un raro acto de piedad. A medida que llegaban, otras mujeres se incorporaban a la fila interminable, empezando invariablemente por el comienzo a partir de donde emprendían un recorrido penoso, y a veces maldiciente hacia el final que estaba por verse.

—¡Ay, vieja...! Menos mal que vino la carne cuando menos lo esperábamos. Con algún hueso que me toque, tengo resuelto el problema de la comida de los muchachos, para un par de semanas por lo menos. Luego, con alguna cosita más que caiga por aquí o por allá... Un aguacatico hoy, algún boniato mañana... ¡Tengo resuelto el gran problema! Porque si no, créanme que estallo como un ci-

quitaque —esto último lo dijo Esmeralda Fariñas como si aquello a lo que llamaba por un nombre tan explosivo pudiera representar lo que verdaderamente buscaba decir.

—No hay vida. ¡Esto no es vida! —suscribió otra de las mujeres.

—Figúrate tú, yo que tengo tres muchachos.

—¡Ay vieja, Rosi, alégrate, y no te compliques, que hoy por lo menos es *día de los padres*... Sí, muchacha, no pongas esa cara de sorpresa. ¿No ves que todos los otros días del año son *de madre*?

El mujerío rió con algo de desparpajo.

—¡Pobres madres! Somos las que más nos fastidiamos todo el año pegadas al fogón o la batea de ropa, y mira tú con lo que salen...

—Pues por eso mismo lo dicen, Catalina, porque el año entero está dedicado a todas las madres trabajadoras.

—¡Aquí la que más y la que menos tiene su lavadora eléctrica que se la dieron por el centro de trabajo! —se sintió obligada a decir Blanquita Rosado, que tenía el cargo de «ideológica» en el comité, a la vista de las quejas que se suscitaban.

—De «dar» nada, mi vida, que bastante tuve yo que lucharla en mi centro de trabajo para que al fin me la asignaran como si se tratara de una concesión, y pagar por ella la barbaridad de dinero que cuestan. Así y todo, más es lo que está rota que compuesta.

Un súbito empujón de la cola le arrebató a la ideóloga la oportunidad de decir aquello que debía constituir una firme reprimenda que no dejara dudas.

—No empujen. No empujen. ¡Ay! Mucho había durado en empezar *la empujadera*.

La llegada repentina de una jovencita, apenas quince o dieciséis años, cuyo nombre todos conocían, con-

siguió de repente con su desparpajo, alterar igualmente el ritmo que hasta entonces era el de las conversaciones. Pareció como si ninguna de las reunidas, ni siquiera las más desinhibidas, quisiera tener nada que ver con ella, o aguardaran en un vilo de expectación lo que la recién llegada tuviera que decir.

—¿Ya te enteraste de lo de Cacha, Rusbelia? —preguntó de repente la recién llegada, ante el general silencio como si se dirigiera a una de las mujeres, elegida por ella para congraciarse.

—¡Ay chica, no me digas nada! ¡Pobre vieja! —se vio obligada a decir ésta, hallando en alguna parte una elocuencia de la que antes no se supiera capaz, e incluso sintiéndose complacida de que la otra se hubiera dirigido a ella en primer lugar—. La verdad es que ese muchacho, no parecía...

—¡Ay, mi vida! ¿Y quién dice que para ser maricón hay que parecerlo? ¿Tú no has oído decir nunca que aquí hay muchos «*tapiña'o*»?

—Yo me acuerdo — dijo otra de las mujeres, algo mayor— cuando se decía aquello de que alguno «llevaba *La bayamesa* por dentro», sí señor.

—¿Y eso, que cosa es? —volvió a decir la recién llegada—. Oye, Niurkita, tú debes ser más vieja que el morro... Porque ese dicho no lo conocía.

La mujer, que debía pasar de los sesenta, sonrió con desgana, aunque no hallara gracioso en absoluto lo dicho por la jovencita. Para restarle resonancia al comentario que suscitara algunas risas entre el mujerío, añadió:

—¿Tú no has oído cantar nunca a Sindo Garay, eso de «lleva en su alma la bayamesa...»?

—¡Ay, Niurkita, vieja, mejor no te esfuerces! Por mí, al menos, no lo hagas, de verdad —intervino una vez más

la que llevaba allí la voz cantante, cuyo nombre era Lupercia—. Ni idea tengo de quién pueda ser el vejestorio ése, porque seguro que es más viejo que andar a pie. ¡Y la bayamesa de que hablas debe haber sido tremenda guaricandilla! O algún mariconcito oriental, disfrazado.

Hasta la llegada de Lupercia, las conversaciones habían girado preferentemente en torno al reparto de la carne y otras cosas, pero de repente pareciera que el tópico aportado por ella fuera de suma importancia, o de un interés excepcional, y muchas se vieron arrastradas a decir lo suyo.

—¡Qué escándalo, mi vida! Tan seriecito como parecía el muchacho ése...

—¡Y con esa familia tan decente, la verdad!

—La verdad-*verdad* no habría modo de saberla... —dijo, cautelosa, una de las mujeres, vecina de Cacha, que no quería hablar mal de ésta. (La vieja había sido siempre muy buena con ella —se dijo— y eso no podía olvidarlo así como así. Las de veces que acudiera en su auxilio con una toma de leche para Abelito)—. Además, en tratándose de muchachos... —añadió en apoyo de su afirmación—, y sea lo que sea, se trata de su nieto... ¡Más como su hijo!... Para eso, que a la mano de nietos que tiene, los ha criado a todos.

—Verdad es. Esa vieja lo ha sido todo. ¡Madre no es la que pare, sino la que quiere y se sacrifica por los hijos!

Quizás porque las voces en defensa de Cacha o en solidaridad con su desgracia habían ganado en firmeza a partir de lo dicho por la primera de las mujeres, algunas otras terminaron por sumársele, aún mostrando cierta reticencia.

—No, a la verdad que la pobre vieja se las ha tenido que arreglar con ocho muchachos, ella sola. ¡Vaya trabajito sin sueldo el que se buscó!

—Ni eso siquiera. ¡Se lo buscaron!

—Porque quiso. Nadie la obligó.

—Eran sus nietos, los hijos de su único hijo, que le salió así, enamorado.

—Y para que vean lo que son las cosas, las criaturas por quien se desviven es por la madre que los abandonó..., y ni de ellos se acuerda sino de pascua a San Juan.

—¡Así es la vida!

—Por eso dice bien el refrán: «Cría cuervos y te sacarán los ojos» —apuntó Lupercia sin perder el compás de la conversación, o más bien recuperándolo—. Yo sí es verdad, que no crío sobrinos, ni primitos, ni perros ni gatos de nadie. Hijos, cuando los tenga. ¡Qué va, vieja, para qué cargar con problemas ajenos? Ya cada una tiene los suyos.

—¿Y qué otra cosa hubiera podido hacerse la abuela, cuando la madre que los parió los dejó sin encomendarse a nadie, para irse lejos, dice que a trabajar? A trabajar, si tú me entiendes.

—¡Pues yo también trabajo fuera, y nunca le he dejado mis hijos a nadie!

—Ni yo. Mis hijos primero. El trabajo siempre puede esperar.

—Lo que soy yo, no veo el día en que estén terminadas las escuelas ésas en el campo, que le dicen. Los seis míos van de cabeza internados ahí. ¡Esas escuelas serán un verdadero respiro el día que las terminen! Así se quita una el dolor de cabeza de la ropa y la comida. Ahí les darán todo lo que necesiten.

Alrededor de la que había dicho esto se produjo un silencio, que ninguna pareció decidida a romper de inmediato, ni siquiera Lupercia.

—¡Y con lo seriecito que parecía el muchacho ése! A ver qué tal le salen los otros.

—Yo al mío, lo prefiero muerto, a la verdad. Muerto antes que... ¡Hasta ladrón, vaya...!

Nuevamente, la voz de la vecina de Cacha intervino con firmeza:

—Pues yo no. A ningún hijo mío le deseo la muerte por nada del mundo. Y además, peor hubiera sido robar a su propia abuela.

—Eso es verdad —dijo otra—. Y además, que más vale no tirarle piedras a la casa del vecino, hasta que una pueda estar bien segura de no tener tejado de vidrio.

—Yo estoy muy segura del tejado que tengo, mi vida —se picó la que había hablado antes que la vecina de Cacha—. Yo nada más que he parido machos. ¡Y a la que lo dude, se lo puedo demostrar!

—Mira que ya eso de los seguros de vida se acabó, mi vida. ¡Eso era antes! —intervino otra.

—¡Pobre señora!

—Pues yo digo, que tener un hijo así... —bueno, un familiar cualquiera— debe ser la mayor desgracia.

—Eso sí, a la verdad ¡Desgracia es! Como que le salga a una un hijo bobo, o retrasado, o lisiado, o vaya usted a ver.

—Pues yo digo, lo que dicen los Psicólogos esos de la televisión, que ese es un problema de crianza. Y como único se resuelve, es con una buena paliza. Por ahí hay que empezar.

—Los que dicen eso, no deben ser psicólogos, Esperanza, tú me perdonas...

—Pues muchas veces que lo han dicho. Yo bien que se lo he oído decir en ese programa que pasan los jueves.

—Yo he oído decir muchas veces que tiene que ver con las hormonas.

—Sí... Sí... ¡Escriba y lea!... ¿No es ése?

—No, hija, qué iba a ser ése. El otro, vieja. ¡El otro programa!

—¿Tú puedes creer que ahora no puedo acordarme? Lo tengo en la misma puntica de la lengua.

La conversación se interrumpió con el comienzo del expendio de carne que al fin se anunciaba.

—No empujen, caballeros, no empujen. Ya vuelve la fajatina.

—Manteniendo el orden de la fila... ¡No dejen colar a nadie!

—No empujen, caballeros, que no vamos a llegar antes. ¡No empujen!

El grupo de mujeres, ahora próximas al mostrador se entendía entre gritos con el carnicero, un hombre joven y apuesto, de unos veinticinco o veintiséis años.

—Hoy te toca la de segunda... —dijo éste, dirigiéndose a una de las mujeres que tenía delante, y súbitamente insinuante, mientras le devolvía la libreta de racionamiento—. ¿Te doy lengua con ella? ¿O prefieres rabo?

La mujer no se dejó amilanar, como tal vez esperase que pasara el hombre con el delantal ensangrentado, al decir aquello.

—El rabo te lo dejo para que tú mujer se haga «un rabo encendi'o» que le deje buen sabor de boca. Y la lengua, puedes dársela a otra que se conforme con eso —algunas entre el mujerío rieron el desparpajo de la que había hablado—. Yo sé bien que no está en tus manos hacer mucho por mí, pero qué le vamos a hacer.

Mientras sonreía, socarrón, el carnicero manipuló ahora la pesa diestramente con tal de arrojarle unas onzas más de carne al paquete.

Aún en su papel, y para que no se echara de notar en demasía la obvia predilección del hombre, la mujer se quejó de que el carnicero se las arreglaba siempre para recortarle su ración.

—¡Vaya, para que veas que somos generosos —dijo éste, poniéndole unas tirillas de carne al envoltorio antes de cerrarlo.

—A eso tan flaquito y tan blandito le llamarás carne, tú, que lo que soy yo... ¡Ay hijo, piltrafa para los perros!

Las demás mujeres que habían alcanzado el interior de la carnicería, ya empujaban, entre protestas que tanto el carnicero como su interlocutora parecían desestimar.

—Bueno, no será para tanto, mi china, digo yo, que por el buen semblante se ve que tu carne no te falta.

La mujer se alejó riendo, mientras el carnicero atendía ahora a la próxima cliente.

—¿Y tú cómo la quieres, mi socia ? Te la doy toda igual, o por partes?

—¡Ay, chico, no fastidies que bien sabes tú que si por mí fuera.

—No seas protestona, mami, mira que te estoy dando una oportunidad.

—Dámela toda de primera. Aunque sea por esta vez. ¡Ya la próxima nos resignaremos!

—Tú sabes que yo a ti siempre te voy a dar carne de primera.

Algunas de las mujeres de la cola, acaso porque tomaran en sentido recto la frase del carnicero, hicieron oír sus protestas:

—Eso no está permitido... Una vez primera, y otra vez segunda. ¡Como todo el mundo!

—Eso... Eso...

—Sí, el reparto tiene que ser parejo para todos.

—Pareja son los bueyes, compañera, para que vaya sabiendo —dijo con desenfado una de las mujeres próxima a la que había hablado antes, tal vez intentan-

do ganarse la aprobación del carnicero—. Y no siempre *jalan* igual, según se dice.

—*Compañera* no, si me hace el favor, que usted y yo no trabajamos juntas.

—Pues si no te gusta que te digan así, como decimos los revolucionarios, ya sabes lo que tienes que hacer: lárgate de aquí. ¿Me oíste? —intervino otra de las mujeres.

—Yo de *aquí* no tengo que irme a ninguna parte. Y usted es una atrevida que se mete donde nadie la llama. Este es mi país tanto como el suyo. Y no tengo que aguantarme que usted, ni nadie que no lo sea, me llame a mí *compañera*.

—Vamos, caballeros, dejen ya eso, que la cola no avanza.

Ahora las protestas del mujerío tuvieron el efecto de zanjar la disputa que se barruntaba.

El turno de Rita frente al mostrador había llegado al fin, y el carnicero, que conocía desde que todavía era un muchacho a la vieja y su marido, tuvo un oportuno cambio de actitud frente a la mujer.

—A ver, Rita, dígame, ¿quiere que le ponga algo de hueso con la carne, para la sopa...? Hoy le toca segunda, como usted sabe.

—Sí, lo sé. Está bien, póngame algo de hueso, pero no el hueso pelado.

—No. No se preocupe, que yo sé que al viejo le gusta tomarse su sopita con sustancia.

—Y de paso, Raudel, me da la ración de Cacha, que está enferma de cama, y no ha podido venir. Aquí están las dos libretas.

—¡Ah, no! Marcar doble en la cola no está permitido —declaró Blanquita Rosado a cierta distancia.

—Yo no he marcado doble ni nada de eso, señorita. He esperado a mi turno como todo el mundo, y le hago el favor a una pobre vieja que no puede valerse.

—A Cacha lo que le pasa es que no quiere dar la cara —dijo Lupercia, que también alcanzó a oír lo que se decía, cuando acababa de trasponer la puerta de acceso al local de la carnicería— ¡Total! ¿...que uno de los nietos *le salió maricón*? Ni que eso fuera nada del otro mundo, ¿verdad Vitorino?

Había alcanzado a ver a éste al que ahora se dirigía, en compañía de una señora mayor que bien podía tratarse de su madre. El aludido bien pudo palidecer, a juzgar por el aspecto demacrado de su rostro, pero no dio cuenta de ningún otro modo del efecto que las palabras de Lupercia pudieran causarle.

—Usted es una grosera y una desvergonzada. No se lo mando a decir con nadie para que se entere usted bien —dijo la mujer mayor que podía ser la madre del hombre.

—¿Lo oíste, Vitorino?

—A mí, no me metas en nada, Lupe...

—¡Ay, pero mírenlo, caballeros! ¡Qué modosito y qué correcto el niño! Mira, no te me vengas haciendo el fino ahora, que aquí todo el mundo sabe cuál es tu negocio.

—La de Cacha es primera, Raudel.

—Sí, Rita. Lo sé. Lo sé bien. Si usted me permite, y sin que se vaya a ofender, yo sé mi trabajo. Aquí está indicado muy claro.

Los ojos de Rita se fijaron un instante en el punto que le indicaba el carnicero, donde los dedos de aquél habían puesto una mancha de sangre. Luego recogió ambas libretas de racionamiento, y mientras las ponía en su cartera de mano, tragó en seco y dejó que los ojos vagaran. Tal vez porque la estaba buscando, estos encontraron la imagen ya muy borrosa de la Virgen de la Caridad —que una vez,

fuera el nombre del establecimiento— en aquel punto de la pared donde la excesiva familiaridad de la gente, y la cagada de infinitas moscas habían acabado por ocultarla. También borrado, descubrió allí el letrero que el padre de Raudel había hecho colocar al lado de la imagen, (muchos años atrás), y que era el mismo texto que entonces podía oírse por la radio con la promoción de la carnicería: *“Señora ama de casa, su carne está pidiendo carne... Déle carne a su carne... Que la carne, da carne... Y en ningún otro lugar como aquí, hallará la calidad de carne que ponemos a su entera disposición. Désela aquí, en su carnicería “La Caridad». Váyase a casa completamente satisfecha con nuestra carne. Estamos dispuestos a atenderla siempre, y a dejarla satisfecha. «La Caridad», haciendo su obra.*

—Vaya, Rita, aquí tiene la carne de las dos casas.

—Muchas gracias, Raudel. ¡Hasta la próxima!

—Salúdeme a Emiliano. Hace ya días que no se deja ver el pelo.

Rita asintió, antes de apartarse del mostrador de despacho, y antes de que se alejara, el carnicero alcanzó a decirle todavía.

—Váyase por la sombrita, mi vieja. Acuérdesse, que son cien años...

Cuando ya se alejaba calle abajo, Rita escuchó que decían su nombre. Mecánicamente hundió sus manos en la cartera, para cerciorarse de que no se había dejado olvidadas las libretas de racionamiento.

—Soy yo, Rita. ¡Obdulia! La nueva vecina.

—Ay, sí, mi’ja. Al principio no te reconocí. Perdóname.

—No se preocupe. No tiene importancia. ¿Cómo sigue el viejo?

—De los achaques un poco mejor... Del ánimo, ¿para qué contarte? Él a ciertas cosas no se resigna, o no quie-

re, o no puede resignarse. Nada, que es mejor ni hablar. No quiero abrumarte con esas cosas. Por mi parte, estoy conforme, quiero decir, tranquila. Yo viví la parte que me tocaba, y disfruté lo que había que disfrutar. De aquí en adelante, lo que venga lo tomo por añadidura. Dios da, y Dios quita, y si quiere dar más... Más da.

La mujer joven sonrió aquiescente.

—¿Y tu esposo, y tus niños cómo están?

—Bien, Rita —dijo a esto la otra, casi como si se avergonzara de poder decir aquello después de las palabras de la mujer mayor—. Los niños en el colegio... ¡Ya se han adaptado al cambio! Ricardo en su trabajo... Yo, todavía no he comenzado.

—¡Cuánto me alegro! Cuando se tienen tus años, y se tienen salud e ilusiones en la vida, hay que dar gracias y sentirse alegres. ¡Disfrútalo, hija! ¡Y que Dios te siga dando!

Obdulia no supo cómo decirle que ella no era creyente. Ni siquiera se trataba de lo que hubieran podido decirle al respecto sus padres, o sus maestros. Nunca se había planteado aquello.

—Rita, si usted quiere, yo puedo dejarle a Cacha su carne. Como usted sabe, a mí se me hace camino, y así usted no tiene que darse el viajecito.

—¡Ay, hija, si no te es problema...! Me harías un gran favor. Con el sol como está que raja las piedras... ¡Y además, al viejo lo tengo solo en la casa!

—Eso me imaginaba. Por eso se lo digo. A la verdad, no se me ocurrió pensar que Cacha podía estar mala.

—¡Cosas de la vida! ¡Tú sabes! Bueno, como bien dice el refrán: «Hoy por ti, y mañana por mí».

—¿Y soltaron al muchacho?

—Eso es lo peor según parece, que como está pasando el ejército...

—Pobre vieja.

—Aquí tienes la carne. Y me haces el favor de decirle a Cacha, que en cuanto pueda darme un saltico hasta allá, le doy su vuelta.

En aquel punto las dos mujeres se despidieron cordialmente, y tomaron en direcciones opuestas. Rita iba pensando en lo agradable que le resultaba la muchacha, sus modales, su porte, su sencillez. Se alegró de que fuera joven, y sin embargo no hubiera sucumbido a la vulgaridad que la rodeaba. Por su parte, Obdulia iba pensando en las palabras de Rita. Se le antojaba haberla conocido de mucho antes, no sabría decir porqué. También pensaba en Cacha, en su nieto preso. Pensó en Ricardo, y en los niños, y de repente sintió que un nudo se le formaba en la garganta.

—¡Dios mío! —dijo, sin conciencia de decirlo—. ¡Dios mío!

Al empujar la pequeña verja de hierro que comunicaba los dos patios, se dio cuenta de haber llegado a su destino. Cacha colgaba de un cordel en el patio, unas camisas verde olivo de su nieto, recién lavadas, y con un gesto, breve y fatigado, le dio la bienvenida sin emplear palabra.

INFRAGANTI

—¡Deja pan para tu abuelo, caramba! —dijo con dureza la voz de la abuela, mientras su mano caía pesadamente sobre el hombro del muchacho, que en vano hurtó el cuerpo, para evitarla—. Qué tú no eres aquí el único en tener boca...

El ladronzuelo no hizo caso de las palabras de la abuela, y es probable que diera por bien empleado el manotazo, cuando se alejó con el trozo de pan entre las manos. Aunque era más bien pequeño para su edad, acababa de cumplir los ocho años. El día antes, esta misma abuela lo había despertado con un beso, y le había deseado felicidad, y que creciera pronto y se hiciera un hombre de bien, hecho y derecho.

—Estos condenados ya no consideran a nadie —volvió a decir la vieja para aliviarse de aquello que sentía, al comprobar que no quedaba pan—. En comiendo ellos, todo está bien.

—Déjalos, mujer... —dijo ahora el viejo que llegaba—. ¿Qué van a hacer los pobrecitos con su hambre? ... Y debíamos darnos por dichosos...

—Eso nada más nos faltaba —dijo la mujer sin resignarse a aquella aceptación del marido—. Dar gracias porque no nos coman a nosotros cualquier día. Por eso han llegado las cosas a donde han llegado...

—Las cosas, viejita, han llegado a donde único podían llegar, pero no ha sido por causa de eso, ni mucho menos por culpa de las criaturas.

—No. Si tienes razón. ¡Esto nos pasa por aguantonnes, y por esperar milagros!

—Sin eso, mujer, ¿qué hubiera sido de nosotros?

—¡Peor no podíamos estar! Y todavía esperando que algo pase... ¡Algo!

—Milagro ha sido, mujer. ¡Salud nos queda todavía, a Dios gracias!

—¿Y de ahora en adelante, a qué santo le confiaremos el milagrito?

—Pa'bajo todos los santos ayudan —dijo ahora el hombre con ironía.

—Dios dice: «Ayúdate, que yo te ayudaré». ¡Está escrito!

—Vamos, vieja, y ¿todavía no sabes que el papel aguanta lo que le pongan?

El viejo se acercó a ella, y con un impulso la besó en la frente con dulzura. La mujer se dejó besar, y sintió el efecto balsámico del beso sobre su espíritu atribulado de cosas embrolladas, cuyo hilo se perdía sin remedio en el amasijo que se había vuelto su alma.

—Es que te había guardado ese pedazo de pan para el almuerzo...

El viejo la besó una vez más en el mismo lugar de la frente.

—No te preocupes, chica. Sírveme lo que sea, que tú sabes que yo soy lo más conforme.

—Eso es, precisamente, lo que más me mortifica... Que mientras más conforme eres en la vida, más se aprovechan los demás.

—Vamos, chica, exageras. ¿Qué va a saber la criatura de nada?

—No me refiero sólo al muchacho.

—¡Bueno, sírveme, anda!

Después del almuerzo, mientras Paco descabezaba su modorra sentado en un balance del portal, llegaron de la escuela los muchachos. La abuela les sirvió el almuerzo después de que éstos se lavaron las manos, o fingieron hacerlo, y en vano intentó hacerlos guardar cierta compostura junto a la mesa. Mientras almorzaban, inesperadamente llegó Ilirio. Venía acompañado de otro recluta, poco más o menos de su misma edad. Desde que lo vio, a Caridad no le gustó para nada la pinta del muchacho.

—O está asustado por algo, o anda buscándose que algo lo asuste.

—¡Está asustado, mujer! —dijo el viejo, luego de que ella lo despertara—. Es un pobre guajirito, ¿no lo ves? Todavía lleva *el arique* al tobillo...

—¡Peor que eso! —musitó la mujer. Y bajando cuanto le era posible la voz se explicó—: *palestino*.

—¡Ah! ¿Ya ves? Si habla, quiere decir que no se come a nadie. Al *cantaito* se acostumbra uno, vieja. Y si no, acuérdate de los Matamoros.

—Desde que llegó no ha dicho ni media palabra... ¡Mala señal!

—Y entonces cómo es que crees eso?

—Por la pinta que tiene... Nada más hay que verlo.

—¡Ave María, vieja...! No me gusta que hables así. Antes...

—Antes..., fue antes. ¡Ahora ya estoy curada de espanto! Los golpes en la vida te enseñan algo.

El resto del tiempo que permaneció en ella, Ilirio anduvo dando traspiés por la casa, metiéndose por las habitaciones como si no estuviera conforme en ninguna, y tras él, siguiéndolo con la mirada iba la abuela. A ratos, acudían a él los hermanos más pequeños sonsacándole palabras, que él parecía reacio a ofrecerles. Por su parte, el abuelo se había cansado pronto de intentar una conversación con él, y había vuelto sin esfuerzo a la siesta interrumpida por su mujer, en el sillón del portal.

Después de lavar y de secar los platos, la abuela se impuso sostener con su huésped, algo que semejara una conversación. Pese a las reiteradas invitaciones de Ilirio, cuya voz resonaba de repente al interior de una de las habitaciones, el visitante se mantenía muy serio, sentado allí en la sala, como si no alcanzara a oírlas.

—¿Y sus padres de usted, no se preocupan ... —se animó por fin a preguntar la vieja, después de estudiar la expresión del muchacho— si no lo ven cuando tiene pase?

Éste sacudió la cabeza con fuerza, pero no se sacó ni una sola palabra. A la mujer le pareció ahora que no estaba asustado, sino que se guardaba para sí una hosquedad que daba aquella impresión de susto.

—Los padres siempre se preocupan —dijo ella—. No importa la edad que tengan los hijos, siempre piensa uno lo que pueda pasarles. ¡Y siempre, se teme lo peor!

Como el muchacho no parecía inmutarse, la vieja añadió sólo por decir:

—Si los padres no se preocupan, ¿quién iba a hacerlo?

—Yo soy huérfano... —dijo ahora su interlocutor, sin dejar de mirarla fijamente. Ahora, definitivamente, a la vieja no le produjo esa impresión de susto de antes—. A mí también me criaron mis abuelos. Pero ya nada más que me queda el abuelo.

La mujer tragó en seco, con dificultad. De repente se le había hecho un nudo en la garganta y no le fue fácil conseguir que se aflojara éste, para bajar el bolo de saliva con que procuraba aliviarse.

—Si usted quiere me voy —añadió el muchacho, pero sin dar la impresión de estar ofendido, sino más bien como si comprendiera que debía resultar un estorbo.

—No, mi'jo, si no es eso... ¿A dónde te ibas a ir tú, criatura? —dijo la vieja.

El muchacho alzó los hombros con indiferencia, de pie, para poner de manifiesto que de veras estaba dispuesto a marcharse.

—Por mí no tiene que preocuparse. Puedo regresar a la Unidad.

La vieja sintió que la invadía una ternura antigua, aunque aquel sentimiento no respondiera a éste ni a ningún nombre en particular. La sentía a flor de piel, como un cosquilleo, se trataba de una sensación hasta un poco incómoda.

—Bueno, mi'jo, pues considera ésta, como tu propia familia. Y ven cuántas veces quieras por aquí... Un amigo de Ilirio es como uno más de la familia para nosotros.

La vieja se estrujó las manos en el delantal de grandes bolsillos, lo mismo que si aquéllas estuvieran mojadas. Luego, sacando del interior de uno de ellos una llavecita de ojo, se dirigió a la cocina, y abrió la alacena.

—¡Toma, hijo! Seguramente tendrás hambre —dijo, poniéndole delante al muchacho un platillo en el que había servido una especie de conserva de mango.

Ilirio se había marchado sin despedirse del abuelo, por no despertarlo —adujo ella cuando Paco preguntó por él—. El otro muchacho (ella había al fin conseguido arrancarle que se llamaba Eduardo) le había prometido regresar tan pronto como volviera a tener pase.

—Vuelve cada vez que tú quieras, mi'jo. Ya sabes que ésta es tu casa.

El resto del día, se le había ido a Cacha de un quehacer en otro. Pura rutina. A la llegada de la noche, volvía a estar agotada por el esfuerzo. Ya no iba estando para tanto trajín.

Mientras cabeceaba frente al televisor encendido, creyó volver a ver a su nieto y al muchacho, atravesar la penumbra de la sala. Sus imágenes, meras apariciones, se mezclaron con las imágenes que, a intervalos aparecían en la pantalla iluminada, y aquéllas otras de un sueño intranquilo que a pesar de las interrupciones de la vigilia, parecían concatenarse y recobrar un hilo. Volvía a ser joven en el sueño. Se sorprendió de lo bien que podía recordar aquel estado incomparable de su vida, y aunque se tratara de un sueño —lo sabía— se alegró de poseer una vez más aquel vigor, y el gozo por el gozo mismo de vivir. Pero esta sensación estaba condenada a no durar mucho tiempo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, sobresaltada por los ruidos que ahora llegaban a su oído—. ¿Eres tú, viejo? Cuidado no vayas a caerte con esta maldita oscuridad. Lo que soy yo, de aquí no hay quien me mueva hasta que venga la corriente.

A contraluz, en la penumbra de la sala creyó ver deslizarse dos siluetas que parecían acarrear alguna cosa—. Viejo..., ¿eres tú? —volvió a decir, para darse fuerzas, quizás para no transmitir a los posibles rateros el sobresalto que la ganaba por segundos. El corazón parecía que le estallaría en el pecho. Se obligó a serenarse cuánto era posible. Sin saber de qué lugar surgía ahora esta convicción íntima, se dijo que no valía la pena morirse por nada.

La única luz en la habitación procedía de afuera. El televisor también estaba apagado. Ella se había quedado dormida frente a él, no podía precisar en qué momento, pero creía recordar con nitidez su parpadeo. Fastidiada, volvió a pensar que se trataba de otro apagón, pero la luz de la calle se filtraba por las persianas, y le hizo ver que no se trataba de esto. Como no iba a ponerse a gritar, ni a pedir auxilio, prevaleció en ella una serenidad instintiva.

—Viejo, acaba de encender el candil no vayas a caer en esa oscuridad... Lo que soy yo, de aquí no me muevo —volvió a decir, con la intención de confundir a los posibles ladrones, según pensaba—. Debe tratarse de otro corte de la electricidad. ¡Mucho había demorado!

Con ligereza que no era para sus años, sin embargo, pese a lo que decía se puso de pie, y guiándose por la luz que se filtraba por debajo de la puerta de la calle, dio con ésta y consiguió abrirla de par en par. Allá dentro, muy apagado, seguía escuchándose el trasteo de los presuntos ladrones, que se había interrumpido brevemente antes, como sorprendido por la luz de afuera que penetraba en la habitación.

A los gritos que daba la vieja en el portal, acudieron enseguida los vecinos. El viejo dormía ya en la habita-

ción de ambos, sin enterarse de nada de lo que ahora ocurría. La llegada de los vecinos sorprendió a los ladrones, que no tuvieron tiempo ni manera de escapar.

—Vergüenza debiera darte, desgraciado —dijo ahora la vieja, así que tuvo delante a su nieto Ilirio—. Venir a robar a tu propia abuela...

El nieto intentaba explicarse, entre los manotazos que le propinaba la abuela frente a todos.

—Y tú, ¿con que cuento me vas a salir ahora? —dijo ésta volviéndose ahora al otro muchacho.

Agotada de su propio manoteo, se derrumbó al cabo sobre el sillón de pajilla de la sala, que algunas mujeres le acercaron, mientras que otras acudían a abanicarla con pedazos de cartón hallados en cualquier parte. La presidenta del *Comité de Defensa* ya había dado parte a la policía, cuando la vieja, que parecía haberse repuesto, le rogó que no lo hiciera, que se trataba de un error. En la oscuridad —se desdijo ahora de sus anteriores declaraciones— había creído que se trataba de ladrones. Entre tanto, los muchachos aguardaban en silencio, acuclillados en el suelo, y como agobiados de un gran peso, cuando llegó la policía. Pese a las explicaciones de la vieja, se los llevaron a los dos para hacerles las preguntas que son de rigor en estos casos. Las murmuraciones en el barrio dieron comienzo de inmediato. Al día siguiente ya todos en la barriada sabían lo ocurrido la noche antes.

ÍNDICE

A propósito de la Colección Mariel	7
I	
TRES VERSIONES SOBRE EL TEMA PRINCIPAL	9
1	
Día de los padres	11
2	
Infraganti	24
3	
Ladrones	32
II	
POR ESTE DERROTERO	39
El instrumento	41
La jornada	55
Machismo-nihilismo	62
III	
A LA VUELTA DE UNOS AÑOS	83
Hoy en la tele	85
Encrucijada	94
Guararey	105
Palestinos	119
Algunas fronteras	124
La imagen en relieve	140
Alguien tenía que ir	148

I. Tapiado	148
II. El accidente	151
III. Resolución	155
El número uno	172
Otros títulos de la Colección Mariel	194

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN MARIEL¹

¹ Una colección dirigida por Juan Abreu.

1. *Dile adiós a la Virgen* (novela), de José Abreu Felipe
2. *Al norte del infierno* (novela), de Miguel Correa
3. *La travesía secreta* (novela), de Carlos Victoria
4. *Este viento de Cuaresma* (novela), de Roberto Varelo
5. *Miami en brumas* (novela), de Nicolás Abreu Felipe
6. *Curso para estafar y otras historias* (cuento), de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
7. *Del lado de la memoria* (cuento), de Luis de la Paz
8. *Impresiones en el viento* (cuento), de Rolando Morelli
9. *La loma del Ángel* (novela), de Reinaldo Arenas
10. *Boarding Home* (novela), de Guillermo Rosales
11. *El gen de Dios* (novela), de Juan Abreu

